

# El género memorias en las últimas novelas de Ignacio Solares

Aída Nadi Gambetta Chuk\*

“las historias no se viven, se narran.”  
Louis Mink

“Como si el simple acto de escribir pudiera  
hacer girar al revés las agujas del tiempo.”  
*El espía del aire.* Ignacio Solares

## Introducción

Decir novela histórica o neohistórica es un pleonasma, ya que no hay novela, por más críptica que sea, que no sea histórica. Las neonovelas históricas, a diferencia de las tradicionales, decimonónicas, cuestionan las historias oficiales, insisten en un trabajo filohistoriográfico e intensifican la función testimonial y la densidad épica.

El género novela y la escritura de la Historia han compartido siempre fronteras imprecisas e inestables y han evidenciado acuerdos y disensos teóricos y metodológicos, teniendo en común que, sin narración, no existen los hechos ni el protagonismo humano. En sus respectivos dominios, historiadores y novelistas o críticos literarios no han podido evitar una mutua invasión de sus límites. Las prácticas literarias, como formas de la cultura y, por lo tanto, de la sociedad, hoy son objeto de análisis no sólo desde la perspectiva de los estudios propiamente literarios, sino desde el ámbito más amplio de los estudios culturales.

## Historia y neonovela histórica

Es urgente e impostergable reflexionar sobre los lugares de la enunciación, sobre los modos en que se producen los contactos interculturales y las estrategias de intercambio, apropiación, diferenciación y/o hibridación, para entender los procesos de adaptación transformación y resistencia, tanto desde la perspectiva del sujeto de la creación literaria como desde la perspectiva del sujeto de la investigación y de la producción académica y científica. Precisamente en el *locus* de la enunciación y en la práctica de los historiadores es donde Michel de Certeau encuentra la única especificidad propia del discurso historiográfico respecto del literario. Para Paul de Man los estudios literarios constituyen una disciplina histórica que comparte con la Historia el concepto de interpretación. Entre Historia y Literatura las fronteras son lábiles y las nomenclaturas son poco uniformes. No sólo hay que descifrar, sino confrontar y traducir, que son operaciones cotidianas que realizan tanto el historiador como el literato.

El centro de la problemática es la búsqueda de los sentidos y de los significados de los textos y, por lo tanto, de los géneros, de las formas y de las condiciones de la enunciación. ¿Cómo perciben los historiadores las obras literarias? Quizá como documentos poco fiables... ¿Cómo perciben los literatos las obras historiográficas? Quizá como un conjunto de elementos referenciales creíbles a los cuales les otorgan, en principio, mayor confianza epistemológica que la prestada por los historiadores a las ficciones literarias. Pero esta confianza terminará por ser retaceada y aún denegada, al menos parcialmente por los neonovelistas históricos, los que han publicado sus neonovelas históricas en la segunda mitad del siglo XX y lo que ha transcurrido del XXI, habiendo perdido el fideísmo de los novelistas decimonónicos y en la misma aseveración de los narrativistas - Danto, Walsh, Hayden White – del carácter innegablemente discursivo del discurso histórico.

Se han agudizado los problemas epistemológicos: la lingüística, la Teoría Literaria y la Semiótica vienen autonomizando el discurso en la esfera de lo literario, y hasta cierto punto, deshistorizándola. La Historia, vista como relato de sucesos "memorables" por varios siglos, pasó a ser una disciplina abocada a la constitución y a la explicación "objetiva" de acontecimientos del pasado. Tras el "giro epistemológico" y el lanzamiento de la nueva historia, surgió el "giro lingüístico" y la Historia intelectual americana, rápidamente extendida a toda Europa, con éxito avasallador que no puede negar cuestionamientos ideológicos. Los historiadores que rechacen la preeminencia del discurso no pueden afirmar que todo sea factual, como si los hechos estuvieran envueltos en discursos neutros y prescindibles, es decir, como si los hechos pudieran aislarse de los discursos. Al final del siglo XX se ha planteado este conflicto epistemológico y la noción de incertidumbre: el sujeto desconfía de conocer lo real porque lo real no es algo inerte, sino un constructo inestable y cambiante. Los paradigmas historiográficos y literarios hoy no siguen incólumes. Los conceptos con que los historiadores intentaban conocer y explicar el pasado - la causalidad, la mediación humana - son severamente cuestionados. Como también son cuestionados los cánones literarios y su eficacia comunicativa y sus alcances estéticos. En las tres últimas décadas del siglo XX hay tendencias del pensamiento crítico que han puesto en tela de juicio la posibilidad de recuperar el significado histórico de un texto, mientras que otras defienden un regreso a la Historia, en la interpretación de lo literario, lo cual es muy sintomático, ya que el siglo XX inauguró, para los estudios literarios, la propuesta generalizada de evitar el historicismo y privilegiar los significantes. Por otra parte, desde la Historia cultural se ha intentado rescatar a la literatura de su autoconfinamiento literario y ubicarla en el campo más amplio de la interdisciplinariedad para que los textos literarios sean contextualizados, a la inversa de lo que hace la Historia cultural con sus objetos de estudio: textualizar los contextos. En medio de la referida incertidumbre del poder del sujeto del conocimiento, hay varias preguntas que pueden formularse: ¿cómo resolver la cuestión entre texto y contexto? ¿hay que rechazar el trabajo de la Historia cultural y las propuestas de los narrativistas, en especial las de Hayden White con las que los neonovelistas parecen sentirse tan cómodos? ¿o habrá que adherirse al "giro crítico" de Annales que desestima el "giro lingüístico"? Alguien suscribirá, sin responsabilizarse, el acta de defunción de la Historia, firmada por Francis Fukuyama? Se afirmará que al fin agoniza el género novela y aún la nueva novela histórica, heteroglósica y subversiva respecto al canon tradicional? Aún tratándose de las neonovelas que reficcionalizan la Historia y acuden a la metaficción? ¿No es perturbadoramente sintomático que los historiadores de la vida cotidiana y de la Historia de la cultura – Duby, Ginzburg, Danton- estén tan avecindados al territorio de la novela, en procura de significados etnográficos? Y, ¿no es que los neonovelistas históricos disputan con éxito a los historiadores el lugar privilegiado de la enunciación de lo verosímil?

Las neonovelas históricas mezclan biografías de personajes históricos

ficcionalizados y de personajes ficcionales historizados, combinan los géneros históricos biografía, memorias y seudomemorias, paródicas en su mayoría y por lo tanto antinostalgias, son también metaficcionales, muchas de ellas presentan un mundo textualizado que propone distorsiones o escamoteos, es decir, desafíos históricos que conmueven la “verdad” legitimada de la Historiografía, mediante la heteroglosia y la polifonía, con voces escritas y orales que relatan historias alternativas, atravesadas por el rumor doxístico.

En México, la lista de las neoveladas históricas es muy larga, pero no tan numerosos los escritores a ellas dedicados: Carlos Fuentes, Fernando del Paso, Ignacio Solares, entre otros, frente a una Historia de México abierta, plural, re-escrible, con sus zonas privilegiadas: la época precortesiana, la Conquista, algunas escenas de la Colonia, la Independencia, el trienio imperial de Maximiliano y Carlota, la Revolución Mexicana, la Guerra de los cristeros, los movimientos obreros de los 60, el 68 estudiantil, los movimientos armados de los 70 hasta Chiapas en los 90, con algunos espacios oscuros, intocados aún.

### **Las neoveladas históricas de Ignacio Solares**

Las neoveladas históricas de Ignacio Solares (Ciudad Juárez, Chihuahua, 1945) son textos breves que se refieren a eventos puntuales, aunque sin perder nunca la dimensión de los grandes acontecimientos.

La visión del mundo gira en torno de personalidades muy destacadas – Madero, Villa, Ángeles - a partir de una óptica “sui generis”. *Madero, el otro* (1989) y *La noche de Ángeles* (1991) se asemejan en la recreación historiográfica – omisiones, sustituciones y adiciones – en el similar enfoque sicohistórico de los protagonistas, en el mismo lugar y tiempo de la representación y en las estrategias narrativas empleadas: intertextualidad, heteroglosia y metaficción. Mientras la primera es una pseudoautobiografía con matices hagiográficas, la segunda imita la forma de un nuevo juicio, ficcional, o compensación “postmortem” para el héroe sufriente, muy próxima a la hagiografía. En ambas novelas Solares comete algunos “historicidios”, desestimando el discurso historiográfico legitimado oficialmente, con la oferta alternativa de versiones correctivas a la Historiografía tradicional, en procura de la incertidumbre epistemológica del lector que ha confrontado el texto de Solares con su huella mnémica y que terminará por preferir la enunciación de lo verosímil de la novela a la de la Historiografía oficial.

*Columbus* (1996) es también una novela breve, que ilustra el hecho significativo y único en la historia de la Revolución mexicana: la invasión militar mexicana del Gral. Francisco Villa a Columbus, la única de la que se tiene noticia en territorio de Estados Unidos de Norteamérica, de ahí su simbolismo paradigmático. Está estructurada como una confesión o declaración oral del villista narrador Luis Treviño, exseminarista y dueño de un bar, quien confía sus memorias de aventuras con los Dorados de Villa a un desdibujado periodista, interlocutor que conviene a los efectos de identificación con el lector.

Como *Madero, el otro* y *La noche de Ángeles*, *Columbus* ejerce una función catártica en el lector, dada la relativa cercanía de los hechos narrados, no así *Nen, la inútil* (1994) adivina que habría augurado la caída del mundo azteca ante la llegada de los conquistadores españoles. En todas ellas, pero más intensamente en *Columbus*, Solares recrea el pasado, como es propio del discurso historiográfico, pero novelísticamente le otorga vida ficcional y exhibe “los posibles escondidos” de la Historia con un efecto literario que contiene una aguda reflexión etnohistórica y política sobre las presentes y futuras relaciones de México con su país vecino del Norte.

En *Columbus*, como en *Madero, el otro* y en *La noche de Ángeles*, Ignacio

Solares insiste en marcar las diferencias entre los discursos historiográfico y novelístico: el lugar de la enunciación y el efecto de la lectura, ya que como cree Arthur Danto, la Historiografía habla de los hechos del pasado en forma explicativa, nunca predictiva, en cambio, en la novela (y es el caso de la práctica escrituraria de Solares) pueden anunciarse anacrónicamente los hechos para lograr significados y efectos ideológicos sobre el presente y aún sobre el futuro.

### **Pervivencia del género memorias**

En sus últimas novelas – *El sitio* (1998), *El espía del aire* (2001) - Solares parece regresar a los ámbitos cerrados y al efecto fantástico de sus novelas anteriores: *Anónimo* y *Delirium tremens*. Se trata también de novelas breves, que han abandonado el tema y el lugar de la representación histórica de la Revolución Mexicana, pero, eso sí, siguen siendo construidas bajo el género memorias. Las memorias, género histórico por excelencia, dentro del estatuto de la biografía, suponen un corte sincrónico que recupera toda una época, un espacio y unos personajes que fueron convivientes con el memorialista. Las memorias son más acotadas que la biografía, que tiende a cubrir toda una vida. Las memorias, como la biografía, son apreciadas por Lejeune como una verdad avalada o pacto de lectura que parte de que el lector da por supuesto que el sujeto de la enunciación es veraz y cree en él. Sin embargo, Barthes, seguido de otros teóricos, cuestionan esta aseveración afirmando su carácter inevitablemente ficcional. Tanto la biografía como las memorias poseen una estructura narrativa que se mueve entre la complicación o nudo y la resolución o desenlace. Pero, también revelan la presencia de elementos y recursos propios de las estructuras argumentativas tales como la argumentación epidíctica (es decir, el carácter del biografiado o memorializado incide en la sensibilidad del lector y logra despertar simpatías o antipatías consecuentes) argumentos por el ejemplo (mediante cartas o hechos memorables) o conjuntos de referencias (o dichos de otros), además del tono apelativo persuasivo que persigue la adhesión del que lee.

En *El sitio*, bajo la perspectiva de un sacerdote alcohólico, se describe un hecho insólito: en un edificio de la Colonia Condesa, de la Ciudad de México, toda comunicación con el exterior se pierde. Suspendidos los servicios telefónicos y el suministro de energía eléctrica, la vida de los consorcistas se desenvuelve entre el terror, la solidaridad y la búsqueda divina. La historia, conocida por el lector en gran parte desde la perspectiva del cura dipsómano, puede leerse como un caso de insania o como un hecho fantástico o como un texto predictivo sobre la macrópolis, a comienzos del siglo XXI.

*El espía del aire*, novela organizada como las memorias del joven escritor – hasta cierto punto una secreta autobiografía de Solares - recupera los años 60 en la ciudad de México: aventuras, sueños y lecturas literarias que impulsan al joven a ir al encuentro de los años 40 con una Margarita fantasmal, aunque el entorno sea realista.

También *Cartas a una joven sicóloga* (1999) es un texto confesional, que se ajusta al género epistolar ya que dedica un manojito de cartas a su hija Maty que le permiten su autorretrato literario y un relevo del desarrollo de los estudios psicológicos en parte del siglo XIX y en el XX.

En las tres novelas el género memorias permite la recuperación de las últimas cuatro décadas del Siglo XX en la ciudad de México desde una quasi autobiografía con apelación persuasiva para el lector. ¿Por qué Ignacio Solares ha abandonado la representación histórica de las novelas anteriores aunque no el género memorias? ¿Será que, como en el caso de otros novelistas de Venezuela o Argentina, donde se han escrito muchísimas neoveladas históricas, se ha producido un agotamiento, en parte marcado por el gusto del público? O será que Solares,

como otros novelistas, se aferran al “locus” identitario restringido de sus vidas frente a la avalancha neoglobalizadora que todo lo empareja y difumina?

Entre el polo de una posible hipermemoria del tipo de fabulosidad acumulativa del tenor de Funes, el memorioso y el polo de la desmemoria en diferentes grados, las últimas novelas de Ignacio Solares siguen textualizando los contextos bajo la forma architextual insoslayablemente histórica de las memorias, narrativa por excelencia, pero con una carga de intencionalidad persuasiva del enunciador que busca respuestas perlocutivas en los lectores.

### **Bibliografía (sólo la citada en el texto)**

Certau, Michel de. 1993. *La escritura de la historia*. México, Universidad Iberoamericana.

Man, Paul de. 1990. *La resistencia a la teoría*. Madrid, Visor.

Ricoeur, Paul. 1990. *Tiempo y narración*, México, Siglo XXI.

SOLARES, Ignacio. 1989. *Madero, el otro*, México, J. Mortiz.

----- 1991. *La noche de Ángeles*, México, J. Mortiz

----- 1996. *Columbus*, México, Alfaguara.

----- 1998. *El sitio*, México, Alfaguara.

----- 1999. *Cartas a una joven sicóloga*, México, Alfaguara.

----- 2001. *El espía del aire*, México, Alfaguara.